

# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

7 de diciembre de 1889

Núm. 110



ASPIRANTE A PASTOR



## UN RATO DE CHARLA

**M**E ha dado profundísima pena leer en el *Figaro* un artículo que, con el título de *Cosas de España* (sic), escribe M. Emilio Gauthier. ¡Y el caso es que nosotros mismos le hemos dado pie para que nos suelte unas cuantas verdades como puños, amargas como el acibar!

Trátase del famoso *Peral*. El autor copia todo lo que se ha impreso aquí respecto al particular en estos últimos tiempos, y, sin añadir ni quitar nada, ha podido presentarnos á todos como un pueblo de atolondrados, como una especie de franceses que así levantan sobre el pavés á Boulanger como le arrojan en seguida á las gemonias.

Ciertamente que la prensa hace mucho bien (y en esta parte no daré nunca mi brazo á torcer, aunque me ahorquen, confesando lo contrario), pero reconozco también que la prensa ocasiona á veces terribles males. En todo eso que ha pasado con el *Peral*, la mayor parte de la culpa la tiene la prensa, ocupándose en ello más de lo que debiera.

Se dijo tanto, se escribió tanto, se dieron tantas seguridades de que el milagro (que no otra cosa que un milagro vendría á ser en último análisis la navegación submarina) sería pronto un hecho, que la gente se lo creyó; y cuando han venido las dilaciones, los contratiempos, las inseguridades, la reacción ha sido proporcional al alboroto de en un principio. Permitaseme, sin embargo, recordar aquí que yo nunca me he entusiasmado con el invento y que en estos *Ratos* me he mostrado siempre bastante desconfiado, y sigo estándolo por más que suceda.

En fin, sirvanos esto de lección para otro día. Si la cosa hubiese pasado en familia, menos mal; pero tratándose de un asunto en que mediaba cierto interés internacional, debimos andar más cautos.

Dejándonos ya de la cuestión del *Peral* y viniendo á otro orden de consideraciones, veremos ocurrir fenómenos muy análogos en el campo de las letras, de las ciencias y de las artes. Con arrebatado fervor levantamos en alto á un escritor ó escritora, á un pintor, á un médico, y á lo mejor nos cansamos y le derribamos del pedestal á que le hicimos subir con tanto entusiasmo. Esta vo-





La casa de fieras

lubilidad contrasta dolorosamente con la antigua gravedad de nuestros juicios. Prontos en alabar desaforadamente una cosa, cambiamos luego de parecer, y le volvemos la espalda con la mayor frescura al ídolo del día antes.



Reconozco, sin embargo, que esta inconsecuencia no es sino una de las manifestaciones del estado general del país, dominado por todos los inconsecuentes. Lógico es que *quando caput dolet, omnia membra doleant*. Pero que sea lógico no quiere decir que sea conveniente.

Es un país este nuestro en que, según parece, no debe de hacerse, pensarse ni decirse nada por convicción, sino por interés, por imitar á los otros, por capricho, ó bien á tontas y á locas, sin encomendarse á Dios ni al diablo. Así se comprende que hayan desaparecido como nubes de verano partidos políticos formidables, doctrinas filosóficas en gran predicamento, reputaciones gloriosas, sentimientos, ideas, preocupaciones y aficiones que parecían inmovibles. Se dirá que eso es *evolución*, pero es el caso que evolucionamos tan aprisa que más que *evolucionadores* parecemos unos danzantes ó, si se quiere de otro modo, unas ardillas.

¡Cuántos *fuegos de paja* encendemos cada día!—¿Fulano? ¡Oh, qué grande hombre!—Pasan dos meses:—¿Fulano? ¡Un zascandil!—¿Mengano? ¡Qué honradez! ¡Qué severidad de principios!—Pasan tres meses:—¿Mengano? ¡Un irregularizador, un hombre sin conciencia!—¿Ha visto V. ese mamarracho de Perengano, ese miserable, ese tunante?—Quince días después:—¿Perengano? ¡Una persona decentísima, un hombre de bien, un talentazo de primer orden!—¿La X...? ¡Una embustera, una bribona, etc., etc.!—¿La X...? ¡Una mártir! ¡Pobrecita! ¡Hay que salvarla!

Y así vamos mudando de pareceres como de camisas, haciéndonos la gente más informal del mundo.

Ha llegado el caso, amigos míos, de que tendrá que llamarse á un notario para que tome acta de nuestras opiniones.

Enterados de esto, á vosotros toca poner remedio para que al ser hombres no pueda decirse que sois unos tan tornadizos y veleas como los que ocupamos ahora el escenario de la vida.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO







Las zarzamoras

## LA ALHAMBRA DE GRANADA

**D**ESTINADA esta prodigiosa joya arquitectónica del arte árabe, cuya construcción se remonta al siglo XIII, á ser á la vez fortaleza y casa de recreo, conserva el doble carácter para el cual fué edificada. En el exterior, espesas murallas de un color rojo oscuro (color Eiffel, decimos hoy) armadas de torreones y formidables troneras. La *Puerta del Juicio*, que es la primera que se encuentra al entrar, forma una arrogante torre cuadrada, cuyo paso se franquea por un arco de herradura. En un lado de la puerta hay una gran mano esculpida, y una llave en el otro. Es una alegoría que los moros dedicaron á los cristianos, y que, traducida al lenguaje vulgar, equivale á «Entraréis en Granada cuando la mano coja la llave.»

Franqueada esta primera puerta, péntrase en un patio interior llamado la *Plaza de las Cisternas*, dejando atrás la *Torre Cortada*, la *del Homenaje* y la *del Arsenal*, para llegar á la famosa *de la Vela*, que domina todas las demás. En esta torre, que ocupa el malecón más alto, está colocada la campana cuya metálica voz deja oírse sólo en determinadas solemnidades. De lo alto de esta torre divísase un panorama sorprendente, formado por la ciudad, que se descubre como enorme mancha metálica esmaltada por finísimos toques de un color tan brillante como prodigioso, sirviéndole de marco las blancas ci-



mas de Sierra Nevada. Según tradicional costumbre, todos los años, al conmemorarse la rendición de la ciudad morisca (2 de enero), todas las mozas del campo se dirigen en tropel á la *Torre de la Vela* para tocar la campana, ya que, según la leyenda popular, le toca el mejor marido á la que más vueltas ha hecho dar al badajo.

Las construcciones interiores de la oriental morada ofrecen un aspecto tan animado y risueño como tétrico y siniestro lo ofrece su exterior. Por unos pasillos oscuros y deteriorados se llega á la famosa *Sala de Embajado-*



El cerdo y la cuchara

res. Lo atrevido de sus arcos, la brillantez de sus arabescos, los mosaicos de sus muros, lo extraño de su bóveda de estuco, trabajada como el techo de una gruta de estalactitas pintado de azul, verde y encarnado, forman un conjunto de una originalidad tan propia como grandiosa.

A ambos lados de la puerta del salón que venimos reseñando, en el mismo pie derecho de los arcos, sobre el revoque de los ladrillos barnizados, cuyos triángulos de colores vivos forman el zócalo de las paredes, están trabajados, en forma de capillitas, dos nichos de mármol blanco, esculpidos con delicioso primor. Son las hornacinas en las cuales los antiguos moros colocaban sus doradas babuchas antes de penetrar en el salón, como signo de respetuosa deferencia.

Ocupa el *Salón de Embajadores* todo el interior de la *Torre de Comares*. Forma un cuadro perfecto de 100 pies cuadrados. Las paredes se elevan 68 pies. Tres ventanas, cuyas aberturas son pequeñas, le dan luz por cada lado, excepto por el de la puerta. El techo, tallado en cedro, presenta las combinaciones matemáticas tan en uso en las construcciones árabes. Todos los pedacitos están ajustados de tal manera que los ángulos entrantes y sa-



lientes forman caprichosa variedad de repujados. El primitivo techo era, según dicen, una preciosa maravilla, donde resplandecían á un tiempo el jaspe, el nácar y el pórfido. Las paredes desaparecen bajo una red de adornos tan complicados que sólo son comparables á cascadas de encaje brotando de aquellos muros por arte de magia ó soberano.

Uno de los caracteres más salientes del estilo morisco es la escasez de relieves y de perfiles. Toda la ornamentación se desenvuelve en un plano liso y sencillo, sin sobresalir apenas 4 pulgadas, formando una especie de tapicería ejecutada sobre la propia pared. Un elemento particular la distingue: el empleo de escritos como medio decorativo; si bien es verdad que la escritura árabe, con sus líneas y contornos misteriosos, se presta maravillosamente para ello.

Entremos ya en el *Patio de los Leones*, mil veces reproducido por toda suerte de procedimientos conocidos. Ciento veintiocho columnas de mármol blanco, enriquecidas con magníficos capiteles primorosamente trabajados, que conservan todavía resto del oro y de los colores que las decoraron, sostienen los arcos de extremada elegancia, formando una galería única en el mundo. En medio del patio hállase una fuente cuya taza sostienen doce leones y cuyo suelo está embaldosado con soberbio mármol de deslumbradora nitidez. Esos leones, que son los que dan título al predicho patio, son de tosco trabajo escultural, pero contribuyen poderosamente á la grandiosidad y magnificencia del conjunto.

Tres salones decorados con sin igual riqueza dan al patio. La *Sala de los Abencerrajes*, llamada así porque la tradición señala este sitio como el de la matanza de los caballeros que formaban aquella tribu, constituye un cuadro perfecto, con una cúpula sobrepuesta, bajo la cual se abren unas ventanas cubiertas con celosías, las cuales permitían á las mujeres platicar con los hombres sin ser vistas.

La *Sala de las dos hermanas* está cubierta con estuco diseñado con extraordinaria delicadeza. Millares de pequeñas boveditas; cúpulas que nacen unas de otras y se entrelazan rompiendo sus mismos círculos; colores encarnado, azul ó verde; se destacan en el vacío de las molduras, constituyendo un decorado tan faustoso como fantástico.



El cerdo y la cuchara



La *Sala del Tribunal* contiene pinturas de varios personajes, que han sido objeto de seria discusión.

Resumiendo, diremos: que existen todavía en el histórico palacio multitud de salas célebres, como la *de los Baños*, construida casi en la misma roca, cubierta de mármol, alabastro y pórfido, y alumbrada por una claridad dulce y suave que penetra por aberturas á manera de estrellas; el *Mirador de Lindaraja*, delicioso retrete con un mirador desde el cual se descubre la incompa-



La queja de una muñeca

nable vega de Granada; y otras varias que hacen de la Alhambra una maravilla para nuestra patria y una obra maestra de la sin par arquitectura arábica.

Cuando Boabdil, el último rey de Granada, tan hermosamente cantado por Zorrilla, tuvo que abandonar la ciudad querida, se detuvo un momento para dirigirle una última mirada, brotando en aquel supremo y angustioso momento un torrente de lágrimas de sus ojos. Al ver tan elocuente manifestación de duelo, la madre del rey sin ventura, la soberbia Aixa, le dijo:

—¡Bien haces, Boabdil, en llorar como una mujer la pérdida de un reino que no supiste defender como hombre!

Y la piedra donde en aquel histórico instante lloraba el *Rey Chico*, conservando el recuerdo de aquel tremendo pesar, ha sido llamada desde entonces *el Suspiro del Moro*.

BENJAMÍN



## DESENGAÑO



Vió un tierno niño en un prado  
á una alegre mariposa  
que, parada en una rosa,  
su aroma tan delicado  
aspiraba silenciosa.

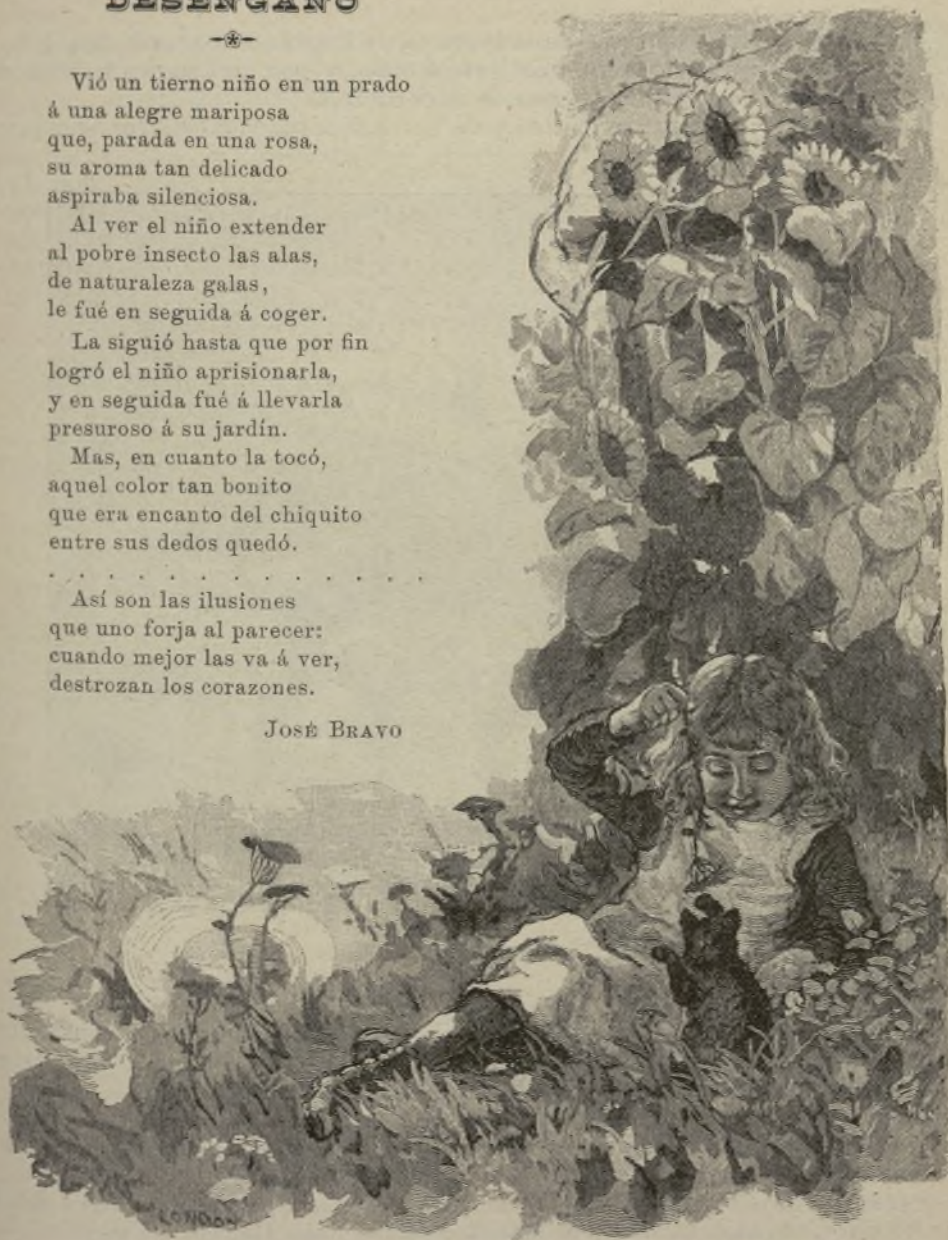
Al ver el niño extender  
al pobre insecto las alas,  
de naturaleza galas,  
le fué en seguida á coger.

La siguió hasta que por fin  
logró el niño aprisionarla,  
y en seguida fué á llevarla  
presuroso á su jardín.

Mas, en cuanto la tocó,  
aquel color tan bonito  
que era encanto del chiquito  
entre sus dedos quedó.

.....  
Así son las ilusiones  
que uno forja al parecer:  
cuando mejor las va á ver,  
destrozan los corazones.

JOSÉ BRAVO



Lo que decían las flores



## CONQUISTA DE MÉJICO

**E**STE brillantísimo episodio de la historia de España es todavía más grande por la rapidez con que se llevó á cabo, y por los escasos medios de aquella época, que por su grande importancia.

Las hazañas de Hernán Cortés y de sus valientes compañeros son muy



Mal jinete

agradables á los españoles, y la historia no podrá menos de levantar un eterno monumento á la memoria de un capitán que con un número tan insignificante de soldados se apoderó de tan poderoso imperio.

El primero que inició la conquista de Méjico fué Diego Velázquez, gobernador de Cuba, deseoso de sustraerse de la autoridad de D. Diego Colón, gobernador de la Española.

Para este objeto equipó una pequeña escuadra compuesta de tres naves, á cuyo bordo iban cien hombres al mando de Francisco Hernández de Córdoba con orden de dirigirse al oeste, pues el gobernador creía en la existencia de un continente por esta parte, fundándose para ello en los cálculos de Cristóbal Colón.

Hernández hizo rumbo al Yucatán y desembarcó en la bahía de Campeche, pero después de un combate con los indígenas tuvo que embarcarse precipi-



tadamente, volviendo á desembarcar en Potochán, donde los indios acudieron en gran número; y, después de una sangrienta batalla en que él mismo fué mortalmente herido, se hizo á la vela para Cuba, donde murió al poco tiempo.

Velázquez, más animado que nunca con lo que le contó Hernández, equipó una nueva escuadra, cuyo mando confió á Juan de Grijalvo, pariente suyo, y el 7 de agosto de 1518 éste se hizo á la vela para el Yucatán; pero, siéndole contrario el viento, arribó á la isla de Cozmuel, donde fué benévolamente acogido. Provisto de víveres, volvió á emprender su rumbo y desembarcó en Potochán después de rechazar á los indios, que habían acudido muy animados con la anterior victoria. Muy sorprendido por las muestras de cultura que halló en esta región, le dió el nombre de Nueva España, que aun conserva.

Después de algunos descubrimientos, no pudiendo seguir adelante sin romper las instrucciones de Velázquez, y obligado además por una tempestad, regresó á Cuba, donde su llegada causó grande irritación al gobernador, que atribuía su vuelta al miedo. Fué en vano que Grijalvo alegase, para disculparse, las instrucciones que había recibido.

Velázquez, resuelto á reparar su yerro, equipó una tercera expedición, cuyo mando confió á Hernán Cortés, á quien se dió el título de «capitán general de las tierras descubiertas y por descubrir á nombre de D. Diego Velázquez, gobernador de Cuba é iniciador de la conquista de Nueva España.»

El nuevo general poseía todas las prendas necesarias, tanto morales como personales, para llevar á buen término su penoso cometido. Resignado, trabajador, tan audaz como valiente sobre el campo de batalla, de viva imaginación, querido por sus soldados y respetado aun por sus enemigos, mandaba más con el ejemplo que con la palabra, y sabía sostener ésta aun en los casos más extremos.

Cortés, que no se fiaba de la variable voluntad del gobernador, apresuró los preparativos de marcha, alistó trescientos soldados que se prestaron de buen grado á seguirle, y algunos caballeros que también lo hicieron en calidad de capitanes, y por último se hizo á la vela la escuadra, que se componía de once naves.

Después de haber tocado en la isla de Trinidad, se dirigió á la Habana,



Mal Jinete



donde Cortés estuvo á punto de perder su mando, pues Velázquez envió un emisario al alcalde de la Habana para prender á Cortés; pero éste se salvó por la sublevación de sus soldados contra esta orden, y hasta el mismo alcalde declaró que no se haría cómplice de esta injusticia.

Cortés salió de la Habana dirigiéndose á Cozumel, donde fué bien recibido por los indígenas, y desde allí marchó á Tabasco. Los habitantes opusieron gran resistencia, pero al fin fueron vencidos y huyeron á refugiarse en las montañas y selvas, dejando completamente abandonada la ciudad.

Cortés estableció en ésta su cuartel general; pero extrañando el silencio que reinaba en sus alrededores, y temiendo una emboscada, mandó para explorar el terreno un destacamento; lo que efectivamente dió por resultado el descubrimiento del ejército indio á corta distancia de la ciudad.

Al día siguiente, después de oír misa, salió Cortés de la ciudad, situándose sobre una colina y aguardando la llegada del enemigo.

Formaba éste un compacto grupo que Cortés valuó en unos cuarenta mil hombres; pero que, á consecuencia de los penachos y trajes de los indios, parecía mucho mayor.

Los indios acometieron dando espantosos gritos, según su costumbre, á los españoles, que recibieron las flechas y piedras de los indios, sin gran daño, sobre sus armaduras. A su vez dispararon contra los indios sus cañones, culebrinas y arcabuces,



Bien por mal

produciendo grandes bajas en las apretadas filas de los indios, pero sin poder calcular aquéllas, pues los indios, muy astutos, tiraban al aire, para que no se viesen, puñados de arena; pero, á pesar de su valor, ya empezaban á inquietarse los indios viendo á aquellos hombres en quienes no hacían mella sus flechas y piedras, y que, en cambio, causaban en sus filas gran destrozo.

En esto Cortés salió de unos matorrales en que se había ocultado con la caballería para desbandar á los indios cuando los viese fatigados por el fuego; y fué tal el pavor que infundió á los indios la vista de los caballos, que creían formaban una sola pieza con el jinete, que huyeron aterrados á refugiarse en sus ásperas montañas y bosques, pudiendo todavía los españoles cebarse en los fugitivos.

Novcientos indios quedaron tendidos sobre el campo de batalla, sin que



pudiese conocerse el número de heridos por el cuidado que tuvieron sus compañeros de recogerlos.

Antes de partir de Tabasco, Hernán Cortés, que no quería la guerra más que en un caso extremo, brindó con la paz á los indios, que quedaron muy sorprendidos de esta humanidad; y antes de partir de esta ciudad celebraron la fiesta del Domingo de Ramos, quedando los indios asombrados de que unos hombres que consideraban como dioses se prosternasen ante otro Dios invisible.

Los españoles regresaron á sus buques é hicieron rumbo á San Juan de Ulúa, donde recibieron la visita de los embajadores de Motezuma, emperador de Méjico, que quedaron estupefactos cuando Cortés les dijo que, siendo necesario, para ventilar asuntos del mayor interés para su rey, que él hablase con Motezuma, era preciso, por consiguiente, que fuese recibido á presencia de este emperador.

(Se concluirá)

JOSÉ MAS Y DEL RIBERO

---

## — NUESTROS GRABADOS —

---

### ASPIRANTE Á PASTOR

El buen Federico quería ser pastor, y su padre, para complacerle en parte, regalóle el día de su santo un ternero que la vaca había dado á luz hacía pocos días. El chico, tomando por lo serio su manía, complaciase en conducir al pasto á los dos animales, acompañados del perro; y ya el primer día, mientras conversaba con un amiguito suyo, hizo con una caña una especie de flauta, con lo cual se creyó ya un pastor perfecto.

Federico debió renunciar á sus inclinaciones bucólicas para dedicarse á sus libros.

### LA CASA DE FIERAS

Seguramente habréis visto ya, hijos míos, una casa de fieras, donde se guardan tantos animales feroces.

¿No se os ha ocurrido alguna vez que el temible león, cuando apoya la cabeza contra los hierros de su jaula y tiene los ojos cerrados, piensa quizás en los buenos tiempos en que vivía libre con su compañera y sus pequeños? ¿No os parece que acaso reflexione sobre las dulzuras que le producían las jirafas que cazaba para devorarlas?

Ahora ese poderoso rey de las selvas se aburre en su estrecha prisión, aunque ya no le es necesario buscar su alimento, pues se lo dan en abundancia dos veces diarias. Después de comer se relame las fauces, abre la boca desmesuradamente y se echa á dormir, tal vez para olvidar que está encerrado en una jaula, lejos de sus bosques natales.

Cuando el león está libre no suele hacer daño á nadie si no le hostigan ó si no le acosa el hambre. En este último caso sacude la melena y azótase los costados con la cola, y entonces sería muy peligroso encontrarlo.

Los leones no se hallan en el estado salvaje más que en Asia y Africa.

Los más de los feroces animales que se guardan en jaulas, sea cual fuere su especie, cobran cariño á los hombres que los cuidan y les dan de comer.

Cierto día un individuo trabó disputa con uno de los guardianes de la casa de fieras, y era de ver cómo los leones y los tigres se esforzaban para forzar los hierros de su prisión á fin de ir en auxilio del que tenía el encargo de cuidarlos.

La jirafa, el animal que el león persigue de preferencia, es el más alto que se conoce, y llama la atención por sus formas y su pelaje. Se alimenta de yerba y heno, y tiene el cuello tan largo que el cajón donde se pone su alimento ha de estar á mayor altura de la que un hombre podría alcanzar con el brazo extendido.



### LAS ZARZAMORAS

Dos lindas niñas recorren el prado buscando con afán las zarzamoras, y á cada una que cogen profieren exclamaciones de alegría. Tienen ya la frente bañada en sudor, y las manos teñidas por el jugo de la dulce fruta; pero esto no les importa, porque ya tienen sus cestas casi llenas y nunca se divierten tanto como cuando cogen zarzamoras.

### EL CERDO Y LA CUCHARA

Tenemos un cerdo al que hemos puesto por nombre *Spic* y al que todos han cobrado tanto cariño que se ha resuelto no matarle. Al llevarle la criada un día el salvado, dejó caer inadvertidamente en la artesa una cuchara de plata que estaba entre aquél, y después de arreglar el corral se marchó. *Spic* había comenzado á comer ya, y muy pronto encontró la cuchara, en la cual clavó los dientes con tal fuerza que dejó profundas señales.

La criada, entretanto, buscaba la cuchara por todas partes; y se comenzaba á sospechar de ella, cuando de pronto llegó el mozo de la granja llevando el objeto que se creía perdido, pero casi destrozado ya por los dientes del cerdo.

### LA QUEJA DE UNA MUÑECA

Me llaman Elvirita y soy encantadora: tengo el cabello rubio y rizado, los ojos azules y las mejillas sonrosadas. Mi mamá es una niña que me trataba primeramente con mucho cariño; pero después le regalaron una muñeca francesa, y desde aquel día estuve tirada por el suelo, hasta que al fin mi mamá me arrinconó y ya no me hizo caso. ¡Qué poco tiempo duró su cariño!

### LO QUE DECÍAN LAS FLORES

—Sus ojos son negros como la noche,—decían unas flores, junto á las cuales se había sentado una niña para jugar con un gatito;—su cabello es dorado como el oro, y sus mejillas parecen verdaderamente rosas. ¿No debería esa niña ser también una flor? Si lo fuese, podríamos enorgullecernos de ella; pero debemos limitarnos á envidiarla, porque ella puede correr por los campos y divertirse, mientras que á nosotras nos es forzoso permanecer inmóviles en el mismo sitio, y sólo servimos para prestar dulce sombra ó exhalar nuestro perfume.

### MAL JINETE

Guillermo no tiene más que ocho años, pero cree ser ya un hombre hecho y derecho, como vulgarmente se dice. Cierta día entra en la cuadra, ve allí el caballo de su tío, que es viejo y muy manso, y ocurresele montar en el cuadrúpedo para dar una vuelta. La ocasión es propicia: nadie le ve, y consigue salir del patio, jinete en pelo, aunque no muy seguro en su montura. De pronto echa de menos el látigo, mas no se apura por eso: al pasar junto á un árbol arranca una rama desgajada, y sacude con ella tal golpe sobre el caballo que el pobre cuadrúpedo, no acostumbrado á tan rudas advertencias, emprende el trote largo. ¡Imprudente niño! No pudiendo resistir el movimiento, su cuerpo se tambalea, y precisamente en el instante de llegar á una charca cenagosa apéase por la cabeza. El caballo vuelve tranquilo á su cuadra, la madre de Guillermo y su tía le ven, y, sospechando lo que ha sucedido, corren en busca del chico, que se dirige hacia ellas muy cabizbajo, limpiando su gorra llena de cieno. Guillermo se guardó bien de volver á montar hasta que hubo aprendido.

### BIEN POR MAL

—No quiero jugar más contigo,—dijo un día Juanito á su hermana Catalina,—porque tienes el vicio de pellizcar, y ahora me has hecho daño.

Al saber esto la mamá, dijo al niño que debía devolver bien por mal, porque esto era propio de un alma noble; y Juanito, siempre obediente, fué corriendo al bosque á buscar moras, y ofrecióselas á Catalina. La niña comprendió la acción, y desde entonces se guardó muy bien de molestar á Juanito ni hacerle el menor daño.



## AFÁN DE IMITAR

La niña Petra es muy linda y graciosa, pero tiene el defecto de querer imitar todo cuanto ve hacer. Cierta día, después de observar largo rato á su mamá, que estaba preparando una confitura, cogió un puñado de grosellas, púsolas en una taza, las aplastó bien con una cuchara, y colocó aquélla sobre el fuego, creyendo que ella también podría hacer confitura. El calor de la lumbre partió la vasija, y el contenido se vertió, lo cual hizo reir mucho á su mamá; pero desde aquel día pusieronle por mote *la mona de casa*, lo cual enojaba tanto á la niña que muy pronto dejó su costumbre para que no la llamasen así.



## EL MANZANO

(Continuación)

—¡Impedirle que vuelva á las andadas! ¿Eso es, pues, veneno?—exclamó Loveit con horror.

—Es veneno, pero para un perro solamente. Ya te harás cargo,—añadió Tarlton algo confuso,—que no me habré procurado veneno que mate á los hombres.

Loveit miraba con estupor. Luego, después de un momento de silencio, dijo á Tarlton con voz indignada:

—¡No te conozco! ¡No quiero tener nada ya de común contigo!

—Pero, hombre,—respondió Tarlton, cogiendo por el brazo á su camarada;—no seas bobo: todo cuanto te he dicho ha sido broma.

—Déjame, déjame. Eres un mal compañero.

—Pero si te digo que yo no sé si eso puede hacer daño. Si crees que hay algún peligro...

—Sí que lo creo.

—Sin embargo, Tomasín me ha asegurado que no lo había; y Tomasín lo sabe bien, puesto que está acostumbrado á cuidar perros.

—Ni te escucho ni creo una palabra de cuanto dices.

—Antes de pronunciarte deberías, me parece, consultar al mozo.

—No tengo ninguna necesidad,—dijo Loveit con vehemencia;—si le das al perro ese pedazo de carne, experimentará espantosos sufrimientos. Así hicieron perecer á un perro que pertenecía á mi padre. ¡Pobre animal! ¡Cómo se revolcaba! ¡Cómo se retorció!

—¡Pobre animal!—repitió Tarlton.—Pues, siendo así, no hay que darle eso.

Trataba de engañar á Loveit, pero en el fondo estaba resuelto á llevar á efecto su designio.



Loveit se volvió al lado de Hardy. Su espíritu estaba tan agitado, su fisonomía tan cambiada, que apenas se le reconocía. No hablaba, pero gruesas lágrimas corrieron muchas veces por sus mejillas.

—¡Cuánto mejor eres tú que yo!—dijo, por fin, á Hardy, que no cesaba de preguntarle.—Si supieses...

En aquel momento tocaron la campana y se fueron á la capilla á rezar el rosario. Después, en el momento en que se retiraban á sus dormitorios, Loveit vió á Tarlton y le dijo:

—¿Qué hay?

—Nada de particular,—respondió el otro con tono que alejaba toda desconfianza.

—¿Qué vas á hacer esta noche?

—Lo mismo que tú: dormir, se me figura.

—Ha cambiado la idea,—dijose Loveit.—Vamos, no estan malo como me creía.

Habían trascurrido apenas algunos minutos, cuando Hardy, viendo que se le había olvidado su volante en el prado, dijo:

—¡Vaya! ¡No estará poco mojado mañana!

—Llama á Tomasín,—le dijo Loveit.

Pero Tomasín no respondió.

—¿Dónde está Tomasín?—preguntó Loveit.

—Aquí estoy,—respondió el criado saliendo del dormitorio de Tarlton.

Hardy le rogó fuese á buscarle su volante, y mientras se disponía á ir advirtió Loveit que le salía por el bolsillo del pantalón el cabo de un pañuelo azul. Esta vista despertó en él las más penosas emociones. Levantóse también y se colocó en la ventana del dormitorio que daba á la pradera.

Desde allí podía ver todo lo que iba á pasar.

—¿Qué estás haciendo ahí?—preguntó Hardy.—¿Por qué no te acuestas?

Loveit no respondió. Continuó mirando por la persiana y no tardó en ver á Tomasín deslizarse á lo largo del prado, subir sobre el banco que servía para saltar en el sendero y dirigirse desde allí á la huerta del vecino.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Mamel Pla y Valor: 38, principal, Ancha de San Bernardo, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA